

Entre 90 y 100 páginas componen el último número (242) salido a la calle, en la ciudad de México, para todo el hemisferio de habla castellana, de la revista "NORTE", aquella que fundara nuestro gran poeta Alfonso Camín hace más de 40 años. "Norte" sigue una trayectoria hispánica fuertemente arraigada en las más sensibles entrañas de la raza. Actualmente prosigue su andadura en manos de don Fredo Arias de la Canal, aguerrido defensor de la hispanidad y luchador franco contra el extranjerismo que pugna por adentrarse tanto en uno como en otro país de origen ibérico. Sin adentrarnos en la calidad de impresión de la revista ni de la atrayente presentación tipográfica y artística, hemos de decir que este último número llegado a nuestro poder nos ha sorprendido porque el mismo viene dedicado íntegramente a la señera e indestructible figura del que fuera gran conquistador de México, Hernán Cortés. Simbolo que en la capital de México es defendido contra todos los vientos y todas las negativas.

La tercera época de "Norte" se ha puesto por bandera una máxima fundamental: "Publicación del Frente de Afirmación Hispanista". Esto lo dice todo. Y ahora, para corroborar esto, lanza un extraordinario gigantesco sobre Cortés. Crónicas hechas por los viejos cronistas-conquistadores. Estudios y análisis; mapas, planos y heráldicas componen juntamente con las más prestigiosas

colaboraciones, el actual número. Malo Zozaya, Francisco de la Maza, Frans Blom, Salvador de Madariaga y el mismo director de la revista, son, entre otros, los que consiguen este alarde sentimentalmente hispánico, mezclado y mostrando lo que supuso la conquista del México. Cómo eran y vivían los indios. El árbol genealógico de Cortés. Su escudo heráldico. Retratos. Cartas... A más de esto, carece la revista de todo género de publicidad, siendo el logro total en lo referente al propósito que, con este número se habrán empeñado en hacer.

Conjuntamente con la revista nos llega una separata del director de "Norte", intitulada "Intento de psicoanálisis de Hernán Cortés", profundo estudio sobre el fundador de México actual y que nosotros consideramos superior al mismo intento del mismo Arias de la Canal sobre Cervantes y "El Quijote".

En resumen, el logro alcanzado en el sentido histórico-hispánico con este número extraordinario de "Norte" dedicado a Cortés, que es el principio de la historia de México, es sencillamente admirable. Es como un compendio de filosofías que se abren camino en la trayectoria de la verdad hispánica que arde en 22 naciones con fuerza y orgullo. Y hablando de orgullo, hay que sentirlo por este número 242 de "Norte" en pro de un héroe español y toda su secuela que no fue pequeña.

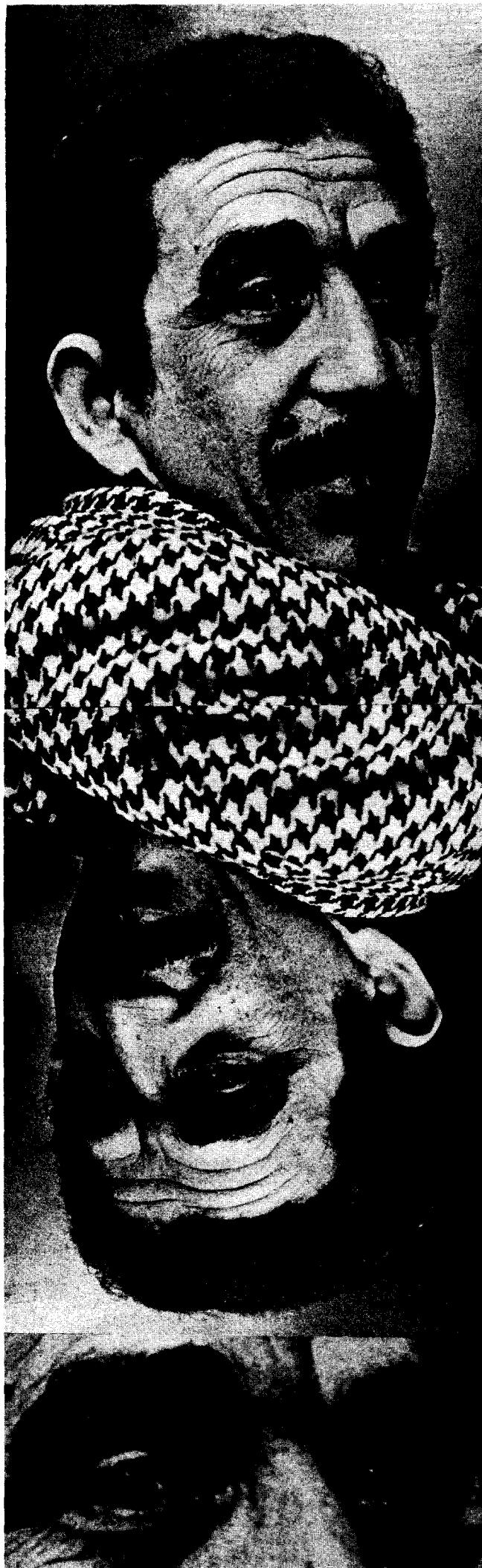
Una revista hispánica con la bandera al viento

Albino Suárez

Joaquim Montezuma de Carvalho

No voy a hacer una presentación de Gabriel García Márquez. Sé que el famoso autor de *Cien años de soledad* siente una antipatía visceral por los críticos. Según su propio pensamiento, los críticos son hombres muy serios y la seriedad dejó de interesarle hace mucho tiempo. Incluso le gusta verlos patinar en la oscuridad de las falsas interpretaciones. En su opinión, juzga a la crítica como una actividad parásita. El crítico, por determinación autónoma y soberana, se situó entre el autor y el lector, y Gabo cree que las relaciones entre estos últimos no necesitan intermediarios. Gabo confiesa que el único crítico que ejerció influencia sobre él, le causó también un gran daño involuntario. Se trata de un crítico al que Gabo respeta mucho y por el que siente un cariño especial; pero fue un crítico muy certero e hizo un análisis asombrosamente lúcido sobre la función de las mujeres en sus novelas. Gabo no estaba totalmente

inconsciente de esa función; pero ahora que un crítico le hizo tomar plena conciencia de ella, ya no sabe verdaderamente qué hacer. Teme que, en el futuro, sus personajes femeninos no sean ya tan espontáneos como lo eran antes. A su manera de ver, el perjuicio fue grande, porque esa crítica se produjo cuando su obra se encuentra todavía en proceso y no se considera de ninguna manera terminada. A Gabo no le gusta la función crítica; pero la verdad es que no recuerda a ningún crítico, bueno o malo, que no lo haya tratado bien. Sabe que fueron los críticos los que más hicieron para que sus libros se conocieran, no tanto por la crítica como por la actividad publicitaria. A pesar de todo, cree a pies juntillas que las relaciones entre el autor y el lector no deben pasar a través de ningún filtro.



Por ejemplo, la crítica observa que el escritor colombiano se nutrió de *Las mil y una noches* y de Rabelais, W. Faulkner y Virginia Woolf; pero Gabo se ríe y dice, a modo de contestación: "Los críticos insistieron tanto en la influencia de Faulkner sobre mis libros que, durante cierto tiempo, lograron convencerme. La verdad es que ya había publicado mi primera novela, *La Hojarasca*, cuando comencé a leer a Faulkner por pura casualidad. Quería saber en qué consistían las influencias que me atribuían los críticos. Muchos años después, viajando por el sur de los Estados Unidos, creí encontrar la explicación que, por cierto, no pude hallar en los libros. Aquellos caminos polvosos, aquellos poblados ardientes y miserables y aquella gente sin esperanza se parecían mucho a los que evocaba en mis cuentos. Creo que la semejanza no era casual, pues el poblado en que nací fue construido, en gran parte, por una compañía bananera norteamericana".

No, no quiero hacer una presentación crítica de Gabriel García Márquez en esta noche mozambiqueña en que iremos a oír su agradable voz, leyendo el primer capítulo de *Cien años de soledad*. No quiero ser intermediario de nada, ni parásito. No lo tenemos aquí en persona; pero es como si estuviera. Su voz, como sus libros, no carecen de presentadores, comentaristas... Lo que deseo, simplemente, es darle a quien esté interesado en ello, una visión de Gabo por él mismo. Estoy tan dentro del mundo de sus entrevistas, lo he visto ya tantas veces repetido, que Gabo es ese ser que de las múltiples entrevistas se dispara hacia un mundo organizado en el que él es una persona con ciertos atributos de individuo. Es como si el escritor estuviera aquí y se autopresentara. Aclaro que, quizás, no hiciera ni eso. Gabo se ha negado siempre a participar en promociones para sus libros. No hace "vida de escritor". Nunca dictó una conferencia, nunca asignó libros suyos en tardes pasadas en las librerías, para autógrafos, se niega a toda clase de presentaciones públicas y mucho peor todavía si se trata de la Radio o la Televisión. Todos estos actos le parecen inmorales. Sí, concede entrevistas, recibe a periodistas... ¿Y no es eso publicidad con un poco de esa "inmoralidad"? Gabo apenas hace excepción con los periodistas. Es que su primer trabajo —el que le hizo ganarse el pan—, durante muchos años, fue el de periodista. Siente flaqueza por sus ex colegas, los hombres de la redacción de periódicos, diarios y vespertinos. Puesto que fue periodista durante varios años y tuvo éxito en esa profesión, se sentiría desleal si tuviera que decirle que no a un periodista. Este escritor que huye de la publicidad, no huye de los periodistas. Su puerta está abierta para todos. Está abierta porque su dueño decidió que la mejor manera de ponerle término a la avalancha de entrevistas inútiles es conceder la mayor cantidad posible de ellas, hasta que todos se aburran de él y se gaste como tema. Entonces, el último periodista no tendrá ya el valor de llamar a su puerta. Estoy tan nutrido de esas entrevistas que, de aquí en adelante, quien habla es el propio Gabriel García Márquez:

"Pues yo, colombiano, comencé a escribir por casualidad, cuando tenía diecisiete años, sólo para demostrarle a un amigo mayor que mi generación era capaz de tener escritores. Después caí en la trampa de seguir escribiendo por gusto y, luego, en esa otra trampa de que nada en el mundo me gustaba más que escribir. Ahora estoy amenazado por una trampa más peligrosa que todas las demás, la de tener que demostrar a los millares de desconocidos que compraron mi novela, que ese libro —"Cien años de soledad"— no fue, como dijo un crítico, un acontecimiento casual, sino, sencillamente, que necesité muchos años para aprender a escribirlo y que tengo aún gasolina para escribir otros.

Sí, no voy a decaer. La prueba de que no escribo para el aplauso de los críticos ni para la voracidad de los lectores es que publiqué cuatro libros en quince años, de los que se vendieron, en total, unos cinco mil ejemplares y que, a pesar de ello, seguí escribiendo. La verdad es que escribo, simplemente, porque siento un placer al contarles cosas a mis amigos.

¿Qué pienso de mí como escritor? Pues pienso que más me valdría estar muerto. Lo peor que puede sucederle a un hombre que no tiene vocación para el éxito literario, todavía más en un continente poco acostumbrado a tener escritores de éxito, es publicar una novela que se venda como si fueran salchichas. Este es mi caso. Me negué a convertirme en espectáculo, detesto la televisión, los congresos de escritores, las conferencias, la vida intelectual y lo que traté fue de encerrarme entre cuatro paredes a 10,000 kilómetros de distancia de mis lectores, en esta mi casa de Barcelona, en España.

¿Qué es España para mí? ¿Qué es la América hispanoamericana para los españoles? Pues, "Don Quijote" es tanto un antecedente de nosotros los americanos como de los españoles, y creo que le debo incluso a la novela de caballería mucho más que muchos de los novelistas españoles, del mismo modo que muchos de los poetas hispanos le deben más al nicaragüense Rubén Darío que a Garcilaso. Pienso en esta forma que nosotros, los hispanoamericanos, y los españoles, estamos escribiendo en el mismo idioma y prolongando la misma tradición.

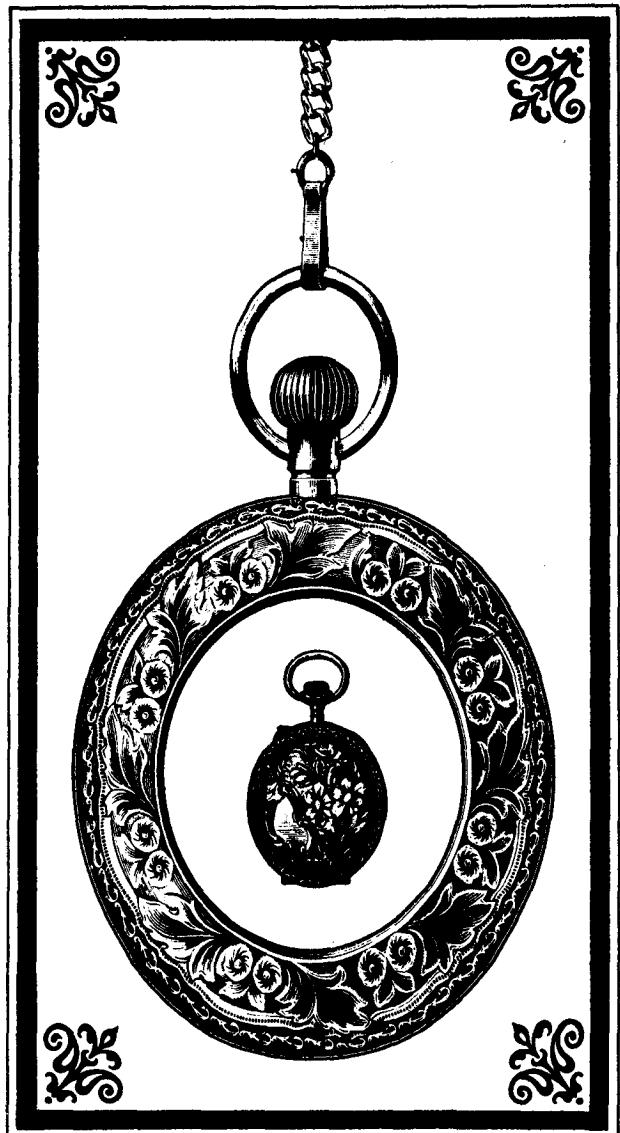
Fui periodista. Me gustaba inmensamente mi función de reportero, que es el mejor puesto para contar cosas inmediatas. No, no creo que el periodismo imponga un lenguaje forzosamente empobrecido. Lo que sucede es que los directores colocan a sus reporteros en la pobre escala de los "aprendices" y, cuando aprenden de veras y su lenguaje deja de ser pobre, entonces, nos transfieren para ocuparnos del mundo desde un escritorio, donde resulta más fácil llegar a ser diputado que escritor.

También escribí para una película de cine durante más de un año. Siempre creí que el cine, por su tremendo poder visual, era un medio de expresión perfecto. Todos mis libros anteriores a *Cien años de soledad* están como entorpecidos por ese convencimiento. Hay en ellos un afán inmoderado de visualización de los personajes y las escenas, una relación milimétrica de

los tiempos de diálogo y acción y hasta cierta obsesión para asignar puntos de vista y encuadramientos. Pero trabajando para el cine no sólo me di cuenta de lo que se podía hacer, sino también de lo que no se podía. Me pareció que el predominio de la imagen sobre otros elementos narrativos era, desde luego, una ventaja; pero también una limitación. Esto fue para mí un encuentro deslumbrante, una novedad, pues sólo entonces me di cuenta de que las posibilidades de la novela son ilimitadas. Quiere esto decir que mi experiencia en el cine dilató, de una manera insospechada, mis perspectivas como novelista.

Querrán conocer cuáles son mis lecturas. En mi caso personal no tengo autores favoritos, sino libros que me gustan más que otros y que no todos los días son los mismos. Además de eso, no los aprecio porque los considere los mejores, sino por razones muy diversas y siempre difíciles de precisar. Por ejemplo, esta noche haría la lista siguiente: *Edipo Rey*, de Sófocles; *Amadis de Gaula* y *El Lazarillo de Tormes*; *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe; *Primer viaje de vuelta al globo*, de Pigafetta; *Tarzán de los monos*, de Burroughs, y dos o tres más. No sé lo que pueda significar esta lista para los críticos, pero esta noche es sincera, aunque, probablemente, ya no será así mañana. Lo cierto es que ya hace años que no soporto a Faulkner; las novelas en general me aburren. Hace varios años que sólo me interesan las crónicas de navegantes.

Cien años de soledad desafía a la crítica, porque creo que es una novela llena de referencias con múltiples interpretaciones posibles y todas ellas poseen un importante valor significativo. Una crítica sería tendría que ponerlas al descubierto y ese esclarecimiento llevaría unos cuantos años. Pero los críticos se equivocan. Toda novela digna de ese nombre es una adivinanza lanzada al mundo. Los críticos asumirán, por su cuenta y riesgo, la grave responsabilidad de descifrarla, y hay que esperar que lo harán. No me refiero, como pudiera pensarse, a las incontables alusiones de carácter personal que hay en *Cien años de soledad* y que sólamente mis amigos íntimos pueden descubrir. Mi conclusión es que ningún crítico podrá transmitir a sus lectores una visión real de *Cien años de soledad*, en tanto no renuncie a su coraza de pontífice y parta de la base, más que evidente, de que esa novela carece por completo de seriedad. Es esto lo que busqué con pleno conocimiento de tantos relatos pedantes, de tantos cuentos providenciales, de tantos romances que no tratan de contar una historia sino de derrocar a un gobierno; cansado, en fin, de que nosotros, los escritores, seamos tan serios e importantes. Esa misma seriedad doctoral nos obligó, a los escritores, a eludir lo insustancial, el melodramatismo, lo vulgar, la mistificación moral y tantas otras cosas que son verdad en nuestra vida colectiva y no se atreven a serlo en nuestra literatura. Y dense cuenta que después de tantos años de esa literatura empedernida de buenas intenciones, no conseguimos derrocar con ella a ningún gobierno y, por el contrario, hicimos que las bibliotecas fueran invadidas con no-



velas ilegibles y caímos en algo que ningún escritor ni político puede perdonarse: haber perdido así a nuestro público. Ahora, con una noción menos arrogante del oficio, comenzamos a recuperarlo.

Creo que nuestra contribución para que América Latina tenga una vida mejor no será más eficaz escribiendo novelas bien intencionadas (a las que se les da el nombre de novelas sociales y hacia las que tengo mis reservas personales), novelas que nadie lee, sino escribiendo buenas novelas. A los amigos que se sienten obligados a señalarnos de buena fe normas para escribir, quiero decírselos que esas normas limitan la libertad de creación y que todo lo que limita la libertad de creación es reaccionario. Quiero recordarles, en fin, que una hermosa novela de amor no traiciona a nadie ni retrae la marcha del mundo, porque toda obra de arte contribuye al progreso de la humanidad y la humanidad actual no puede progresar más que en un solo sentido. En síntesis, creo que el deber revolucionario del escritor es escribir bien. Ese es mi compromiso.

La única cosa que sé, sin duda alguna, es que la realidad no termina en el precio de los tomates. La vida cotidiana, sobre todo en América Latina, se encarga de demostrarlo. El norteamericano F. W. Up de Graff, que hizo un viaje fabuloso por el mundo amazónico, en 1894, vio, entre muchas otras cosas, un arroyo de agua hiriente, un lugar en el que la voz humana provocaba aguaceros torrenciales, una serpiente anaconda de veinte metros, completamente cubierta de mariposas. Antonio Pigafetta, que acompañó a Fernando de Magallanes en su primer viaje de vuelta al mundo, vio plantas, animales y grupos de seres humanos inconcebibles y de los que no volvió a tenerse noticia. En Comodoro Rivadavia, que es un lugar desolado del sur de la Argentina, el viento polar levantó un circo entero por el aire y, al día siguiente, las redes de los pescadores no extraían ya del mar peces, sino cadáveres de leones, jirafas y elefantes. Hace unos meses, un electricista llamó a la puerta de mi casa a las ocho de la mañana y en cuanto le abrieron, dijo: "tienen necesidad de sustituir el cable de la plancha eléctrica". Inmediatamente, comprendió que se había equivocado de puerta, pidió disculpas y se fue. Horas después, mi mujer enchufó la plancha y el cable se incendió. No necesito continuar. Basta leer los periódicos o abrir bien los ojos, para sentirnos dispuestos a gritar, junto con los universitarios franceses: "El poder para la imaginación". Y basta darse cuenta de que la gran mayoría de las cosas de este mundo, desde las cucharas a los trasplantes de corazón, estuvieron en la imaginación de los hombres antes de ser realidades. Tarde o temprano, la realidad acaba por darle la razón a la imaginación... Y ahora, escuchen mi voz; pero sin gran exhibicionismo. Como si estuviéramos todos aquí, en mi sala".

G BRIEL G RICIA M RUEZ



el pequeño drama de un hombrecillo que no pudo leer **Cien años de soledad**

Estuvo a punto de adquirir un ejemplar el primer día en que se puso a la venta en la librería Zaplana de San Juan de Letrán, pero no llevaba dinero suficiente. Y dijo: mañana.

Transcurrió mañana y transcurrió pasado mañana. Transcurrieron días, semanas, un mes. Quizá se olvidó, quizás seguía sin dinero, quien sabe. El caso es que los primeros comentarios lo sorprendieron fuera de balance.

—Es un libro sensacional.

—¡Novelón!

—Yo sabía que Gabo terminaría escribiendo la novela del siglo.

—¿No la has leído?

Pensó: mañana mismo la compro y la empiezo a leer. Pero pescó un resfriado, se murió una tía, cambió de trabajo, tuvo que corregir ciento cincuenta galeras de un free lance, llegaron unos amigos de Uruapan, no quiso perderse un ciclo de Bergman, volvió a ver a un amigo de hacía años, sufrió una violenta crisis económica, estrelló el auto de su prima...

Todo mundo hablaba ya de **Cien años de soledad**. Críticos y no críticos. Gente de letras y no. Iniciados y gentiles. Médicos. Contadores públicos.

Comerciantes. Amas de Casa. Actores. Diplomáticos. Conservadores.

Progresistas. Reaccionarios. Avanzados. Todo mundo. Y todo mundo, sofocando las débiles críticas de algunos envidiosillos y de uno que otro pedante de profesión, elogia con entusiasmo ¡la gran novela latinoamericana!

Cuando el personaje de nuestra historia despertó de su letargo, se vio enfrentado a un grave conflicto personal.

Pensó:

1. Si leo **Cien años de soledad** y me gusta, sentiré que me gusta porque sé de antemano que es una gran novela, porque debe gustarme so pena de resultar un imbécil para los demás y para mí mismo. Me sentiré forzado a que me guste. Me gustará a fuerzas.

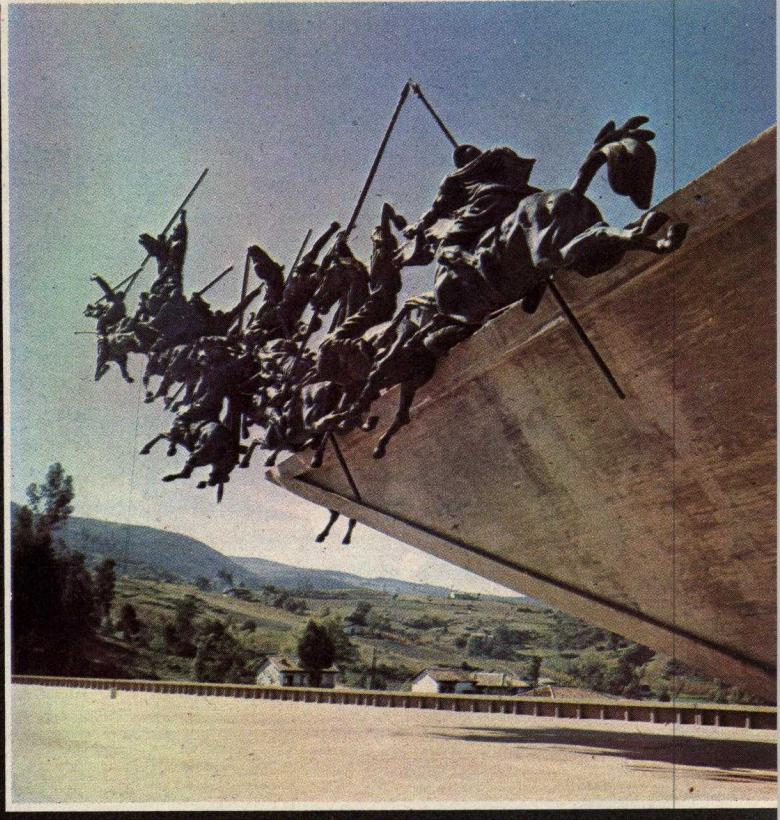
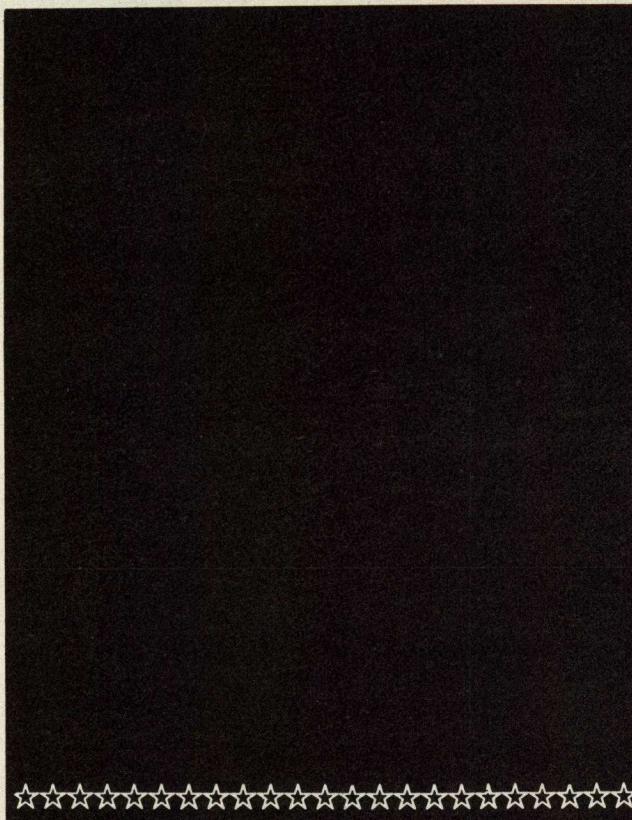
2. Si leo **Cien años de soledad** y no me gusta, sentiré que no me gusta por envidia, por espíritu de contradicción, por cuestión de prejuicios, no porque verdaderamente no me guste.

3. En tales condiciones me será imposible saber si me gusta porque me gusta o si no me gusta porque no me gusta.

Fue así como el personaje de nuestra historia concluyó que ya nunca, nunca, nunca, pero nunca, podría leer la novela de Gabo.



Vicente Leñero



☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆☆

ENTREVISTA



con el escultor RODRIGO ARENAS BETANCOURT

Rodrigo Arenas Betancourt es quizás el escultor hispanoamericano contemporáneo de más proyección internacional que existe. La crítica autorizada lo considera "el escultor contemporáneo más grande de Iberoamérica". Su obra es ampliamente conocida.

Este hombre de pequeña estatura y gigantesco espíritu creador se caracteriza por su extraordinaria sencillez en el trato cotidiano donde gusta cultivar la amistad con los jóvenes. Arenas Betancourt es un hombre de corazón joven y mente abierta a todos los problemas del mundo actual.

Nacido en Fredonia, Antioquia, Colombia, el 24 de octubre de 1919, Arenas Betancourt muy pronto deja su ciudad natal para irse a estudiar a la capital de su país. Más tarde viene a México donde termina sus estudios, luego ya no se detendrá por mucho tiempo en ninguna parte... Recorre Europa, Norteamérica, Asia, África, Oceanía... Podríamos decir que en los caminos de todos los continentes hay huellas de los pasos de Arenas Betancourt, tal como en sus zapatos hay polvo de los caminos más insospechados.

Pero la obra de Arenas Betancourt fue hecha en y para América. Las obras están diseminadas por todo el Continente Americano y pueden verse en Atlanta, Georgia, en Nueva York, en Los Angeles y otras ciudades de los Estados Unidos, así como en Brasil, México y, naturalmente, en Colombia.

Con este gran artista y no menos gran hombre conversamos hoy para nuestros lectores. Nuestra plática dio comienzo en la casa de su compadre el poeta Carlos Pellicer y finalizó en El Paseo de La Reforma. Arenas Betancourt está otra vez de paso por México, México ha sido muchas veces para él lugar de entrañables citas y puente entre Colombia y el mundo.

NORTE.—Maestro, díganos ¿cómo se inició usted en el arte escultórico?

R.A.B.—Desde muy niño allá en mi casa paterna de Fredonia. Mi padre era un escultor frustrado, o un artesano que gustaba en sus ratos de ocio esculpir para su particular gozo cabezas de perros, de caballos, en madera y también solía hacer unos bellos muñecos articulados. Esto que vi, desde que abrí los ojos a este mundo, en mi casa despertó en mi temperamento un vivo interés por la escultura. Posteriormente mi inclinación se fue fortaleciendo y en la escuela primaria mis fuertes eran las artes manuales y el dibujo. Así, como era lógico, al llegar a la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, mis estudios profesionales fueron de escultura que vine a terminar aquí en México en la Academia de San Carlos.

NORTE.—Háblenos de sus maestros.

R.A.B.—Mi primer maestro como ya se habrá dado cuenta fue mi propio padre. Luego tuve la fortuna de tener un maestro en la escuela que, sin ser artista y tener apenas inclinaciones artísticas, fomentaba en nosotros con mucho ahínco las inclinaciones plásticas. Más tarde fue mi maestro un tío mío que había trabajado por años en Madrid con Victorio Macho, con Mariano Benlliure, Manolo González y José Clarat. Este tío mío conservó siempre su inclinación de imaginero



y cuando supo de mi interés por esculpir me enseñó cuanto sabía con un gran cariño y una gran paciencia. Aparte de mi tío, en Bogotá, me tocó como maestro uno de los artistas más importantes de Colombia: José Domingo Rodríguez. Este maestro singular representó para mí un hecho que yo creo muy importante y es el que, por medio de sus enseñanzas y de su obra, nos abrió los ojos de la cara y del alma a la realidad del hombre del pueblo iberoamericano. José Domingo Rodríguez había hecho también sus estudios en España. Sabía muy bien su oficio de tallador y de fundidor y nos transmitía sus conocimientos con un cariño y una paciencia poco comunes. Finalmente tuve otro gran maestro aquí en México: el escultor Luis Ortiz Monasterio, hombre de una sensibilidad recóndita y apacible que sabe muy bien su oficio.

NORTE.—¿Qué diferencias existen entre la escultura del siglo pasado y el presente?

R.A.B.—Básicamente para la escultura ha empezado a contar de una manera decisiva el espacio. Esta presencia del espacio en la escultura no es totalmente nueva, pues ya existía entre los aztecas y, en forma muy importante, entre los griegos antiguos.

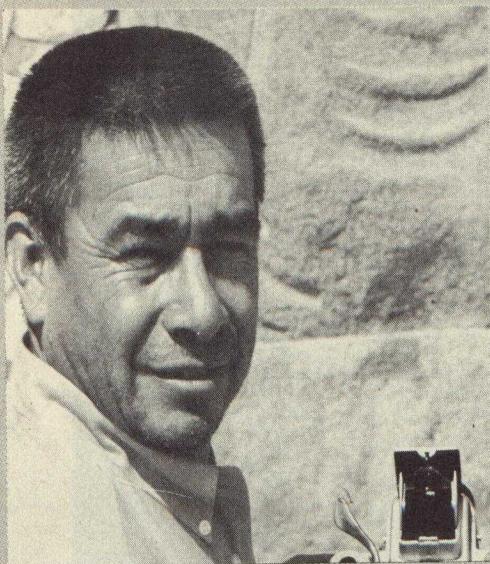
NORTE.—Explíquenos lo que significa aquí el espacio.

R.A.B.—El término espacio significa aquí una noción diversa de la estructura de los cuerpos y aun de la materia. Coincide esto con un momento de renovación completa de la arquitectura, básicamente a la aparición del hierro en las estructuras de la ingeniería y, además, a la visión también nueva que se tiene del hombre. Hoy el hombre puede verse de dentro para fuera. Por ejemplo: los Rayos X nos permiten ver nuestro andamiaje anatómico (algo con que no contaban antes los escultores) y a partir de Freud también hemos comenzado a penetrar más profundamente en Psíquis humana a través del psicoanálisis. Los conocimientos científicos en estos terrenos han influido en todas las manifestaciones del arte y, naturalmente, en la escultura. Nuestro conocimiento del hombre es otro muy distinto del que se tenía en el siglo pasado, el arte también es distinto. Ya no podemos ser románticos según el significado clásico del término.

NORTE.—¿Quiénes han sido los "padres" de la escultura?

R.A.B.—Son varios. Por el camino de Occidente tenemos que remontarnos a los antiguos egipcios y mesopotámicos. Por los otros caminos que incursionar por los senderos del hombre primitivo americano, mayas, incas, aztecas y los escultores primitivos asiáticos. En el barroco, que es de origen hindú, vemos el encuentro de Oriente y Occidente, a la caída del Imperio de Occidente.

Hoy, en el arte moderno contemporáneo, se está efectuando de nuevo este cruce. La pura cultura de Occidente, europea, se encuentra con África en Picasso; con la América primitiva en Henry Moore; con el Japón en Braque; con el mundo primitivo mediterráneo con Marino Marini y con la imaginería religiosa de muchas partes del mundo con un gran número de escultores actuales.



NORTE.—¿Qué han sido Grecia y Roma para la escultura?

R.A.B.—Fundamentalmente han sido el puente de conexión entre el mundo primitivo y el mundo moderno. Dentro de una concepción ortodoxa de la historia representan la culminación, quizás la suprema madurez. Aunque dentro de una concepción heterodoxa representan, a partir del siglo XIX, una cultura más entre las distintas culturas existentes, aunque sumamente importante. Como ya he señalado, en el siglo XIX se rompe esta tradición de que todo lo que no venía de Grecia y Roma era bárbaro, para dar una idea más integral de la realidad de las cosas que dan justa cabida a otras culturas igualmente valiosas en el orden universal.

NORTE.—Háblenos de la escultura en Iberoamérica.

R.A.B.—En Hispanoamérica ha predominado en general un desconcierto en el trabajo de la escultura. Este desconcierto se debe a que en nuestra América han predominado muy distintas formas de influencia. En un principio, la influencia de la imaginería española, después la influencia del arte francés y por último la influencia anglosajona. Esta complejidad de influencias ha generado, naturalmente, un caos.

Esto no quiere decir que no tengamos representantes muy importantes en las artes escultóricas, dentro de esas tendencias. En Argentina hay algunos escultores que podríamos denominar de tendencias afrancesadas. En Centro y Sudamérica abundan los que obedecen a la sensibilidad de la imaginería española y renacentista y en otros países hay escultores que sufren la influencia de Estados Unidos, de Calder especialmente. Algunos escultores mexicanos, entre ellos me encuentro yo, obedecemos a cierta influencia prehispánica y de la imaginería colonial, en parte como rebeldía a las influencias foráneas. Sin embargo, en la concepción global de mi obra, hay una visión moderna, porque para mí cuenta mucho la **idea del vuelo**, es decir, de las formas manejadas libremente en el espacio y aun penetradas por el espacio. Para terminar, se puede decir que, la escultura, no es la principal forma de expresión en el arte iberoamericano. La pintura, para no citar la literatura, es más abundante.

Entre los escultores importantes de nuestra América es muy importante Fioravanti, discípulo de Mallol, en la Argentina. En Colombia, está José Domingo Rodríguez, discípulo de Victorio Macho, y el escultor Edgar Negrete. En México, está Francisco Zúñiga que oscila entre diferentes influencias y que no es propiamente discípulo de nadie. También Ortiz Monasterio, quien ejerce una gran influencia entre los jóvenes escultores. En Bolivia, Marina Núñez del Prado, quien ha realizado su obra en bellos materiales basálticos y que en el altiplano andino ha hecho su transición de un arte figurativo, en un principio, hacia una abstracción casi total en sus últimas obras. En Lima, Perú, destaca el escultor López Rey quien ha realizado su obra en Roma dentro de una tendencia fundamentalmente moderna.

NORTE.—¿Los jóvenes de Iberoamérica están interesados en la escultura?

R.A.B.—Sí hay jóvenes interesados en la escultura, aunque en este momento priva la influencia norteamericana y otra de carácter experimental, lo que hace que el trabajo de la escultura sea tan sólo para intelectuales y minorías. Así es que se está produciendo una escultura de carácter privado que tiene muy poca repercusión pública, porque el abismo entre las minorías cultas y la masa inculta es inmenso.

NORTE.—¿Cuál considera usted de entre todas sus obras la más importante?

R.A.B.—El Monumento en el Pantano de Vargas, Boyacá, Colombia. Bueno, digo que esta obra me satisface porque pude aunar en ella muchas experiencias anteriores. Esto es; la unión de la escultura y la arquitectura y la interrelación del monumento con el paisaje. Sin embargo, el Bolívar Desnudo, sigue contando mucho para mí. El Bolívar representa la culminación de dos largos procesos, de un lado el proceso humano, cívico, de relación cotidiana con Bolívar y su obra y, del otro lado, el proceso artístico de relación y conocimiento con toda la obra monumental que el hombre ha realizado en la Tierra.

NORTE.—¿Cuáles son las obras más importantes de escultura que se han realizado en nuestra América?

R.A.B.—Realmente importantes, creo yo que la estatua ecuestre de Tolsá que se encuentra en el Paseo de la Reforma a la salida de Bucareli, aquí en México.

NORTE.—Sabemos que aparte de escultor es usted, aunque inédito, escritor. ¿Es cierto que está usted trabajando en un libro? Háblenos de ello.

R.A.B.—Sí trabajo en un libro, pero no trato, como en él lo consigno, de hacer obra literaria. En "Duelo a Muerte", ese es su título, tan sólo intento expresarme y hacer patente mi visión del mundo en que me tocó nacer y vivir. Hay cosas que no podría nunca decir a través de la escultura que es en el fondo un lenguaje críptico. Esas cosas se expresan mejor con la pluma que con el cincel.

NORTE.—¿Piensa editarlo pronto?

R.A.B.—Eso quiero. Ya tengo algunas propuestas que estoy estudiando. Entre esas propuestas está la de la Universidad Nacional de México. El libro llevará un extenso prólogo del poeta Carlos Pellicer, prólogo que



hace más de seis meses está escribiendo, pero que hasta ahora no me lo ha entregado y es que mi compadre, como todos los poetas, es un hombre muy ocupado. Pero yo espero que antes de que termine el año de 1972 me lo dé cumpliendo así su palabra empeñada. La cosa es que nos vemos con frecuencia, leemos mis originales, o mejor dicho los empezamos a leer y luego surgen otras cosas y nos olvidamos de ellos y del prólogo, aunque yo pienso amarrarlo a su mesa de trabajo y no dejarlo que se levante hasta que me lo tenga,

su ahijada, mi hija, me ha dicho que lo vigilará y como la quiere mucho no le pesará como carcelero. El libro no saldrá sin su prólogo.

Y hasta aquí conversamos con Rodrigo Arenas Betancourt, el gran escultor colombiano e iberoamericano, de paso por México para que el poeta Carlos Pellicer le haga un prólogo a su primer libro. Esperamos que tenga suerte, pues el poeta, es un hombre generoso, que estamos seguros que tendrá tiempo para el prólogo del libro de su querido compadre.